

EUCARISTÍA Y DON DE SÍ

Provincia Nuestra Señora de Guadalupe
25/26 de agosto de 2018
Padre Fiorenzo Salvi, sss

1. EL DON QUE NACE DE LA EUCARISTÍA

*«El amor no es otra cosa que exageración;
exagerar es ir más allá de lo prescrito.
Pues, bien, ¡el amor debe ser exagerado!»*
(31 de Octubre de 1867, PR 124).

Esta afirmación del padre Eymard, pocos meses antes de su muerte, revela cuánto camino hizo en la senda del amor y del don de sí. Ello brota de una participación en la Eucaristía que transforma su vida, a imitación de la vida de Cristo.

UN PUNTO DE LLEGADA Y DE PARTIDA

En el corazón de la experiencia humana y espiritual del P. Eymard se halla un acontecimiento que constituye el punto de partida para una nueva etapa en su vida.

Esta experiencia es el *don de sí mismo* que él hace a Dios el 21 de Marzo de 1865, durante un prolongado Retiro (25 de Enero – 30 de marzo de 1865) en Roma, en la casa de los Redentoristas, muy cerca de la basílica de Santa María la Mayor, mientras espera una respuesta de *Propaganda Fide* a su solicitud de una fundación en el Cenáculo de Jerusalén, lugar en el que Jesús instituyó la Eucaristía y hogar de la Iglesia naciente. Las notas escritas que nos dejó nos ayudan a recorrer los pasos de este extraordinario camino.

Este Retiro comienza el 25 de Enero, fiesta de la Conversión de San Pablo. El p. Eymard se plantea la misma cuestión que Pablo, cegado camino de Damasco, le dirige al Señor (cf. Hch 22, 10) y la respuesta anticipa el don de sí mismo que se verá llamado a realizar:

«¿Qué debo hacer, Señor? Es necesario que yo muera a mí mismo, o más bien que yo me dé totalmente a Nuestro Señor con la espontaneidad natural de un siervo fiel» (27 de Enero de 1865, NR 44,4).

Deseamos recorrer esta aventura en el Espíritu que ayuda a cada uno de nosotros a comprender las exigencias de una auténtica participación en la Eucaristía, la vida que nace de la Eucaristía, la transformación de lo que somos y lo que hacemos.

LA CLAVE DE LECTURA: EL MISTERIO PASCUAL

De la muerte de Jesús nace la nueva vida. Este vínculo fontal entre muerte y vida es el fundamento de la vida cristiana y el corazón de la celebración de la Eucaristía. Precisamente durante la última cena, Jesús manifiesta este vínculo entre su muerte y el nuevo mundo que de ella brota. Instituyendo la Eucaristía, inaugura para todos la posibilidad concreta de entrar en este nuevo modo de vivir. La vida nueva nace de su muerte, del don que él hace de sí mismo: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

Nuestra participación en la Eucaristía nos introduce cada vez con mayor profundidad en esta dinámica de muerte - vida. Es lo que podemos definir como la fuerza transformadora de la Eucaristía.

Pues bien, no podremos comprender la riqueza y la profundidad del *don de sí mismo* del P. Eymard si no es a la luz del misterio pascual de Jesús, misterio de muerte y resurrección, que en la Eucaristía se actualiza y nos implica.

A tres años del final de su vida, Dios le conduce aún más profundamente dentro de este misterio. ¿Qué es el don de toda la propia persona, si no la participación plena en el misterio de la cruz? La afirmación de Pablo: “No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2,20), que él hace suya, es la aceptación de un éxodo, de un pasaje doloroso y fecundo que le conduce a un abandono pleno y confiado en Dios, sin reserva alguna. Podemos, por tanto, afirmar que en este Retiro Dios le va conduciendo a una original nueva unidad de toda la existencia: una vida eucarística iluminada por el *don de sí mismo*.

Las meditaciones de los días 4 – 6 de Marzo de 1865 (NR 44,80-83) nos ayudan a delinear algunos elementos importantes de este cambio.

UN CENTRO DE VIDA

«El corazón del hombre tiene necesidad de un centro»
(4 de Marzo de 1865, NR 44,80).

En sus notas personales, el P. Eymard se acusa frecuentemente de estar disipado, preocupado por tantas cosas, de haber perdido de vista el eje, el punto de apoyo y de síntesis en su vida. Helo aquí, pues, empeñado en la identificación de este *centro de vida, un centro dinámico, un centro de amor en el que “morar”*.

Este centro de vida y de amor es Cristo, y el Cristo de la Eucaristía.

«Nuestro Señor quiere ser el centro de la unión de sus discípulos, de mí mismo. “Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros. Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” [Jn 15,9-10]. ¿Qué es permanecer en el amor de Jesucristo? Es hacer de él el centro de nuestra vida. Ahora bien, ese centro debe ser la Eucaristía, allí está Jesús» (4 de Marzo de 1865, NR 44,80).

Este centro debería serle connatural, dado que fue llamado a la vocación eucarística.

«Ese centro me es muy fácil, ya que vivo en torno a la Eucaristía, ella es la ocupación e incluso la ley exterior de mi vida. Me será más fácil que en ninguna otra situación, puesto que es mi gracia» (4 de Marzo de 1865, NR 44,80).

Un centro para establecer la unión de amor con el Señor:

«No hay otro centro que Jesús, y para mí Jesús Eucaristía. (...) Pero ¿para qué? Para establecer y acrecentar la unión» (6 de Marzo de 1865, NR 44,83).

«(Jesús) nos atrae sin tregua hacia él, como al amado. Es una atracción continua, y en esto consiste la vida del amor» (6 de Marzo de 1865, NR 44,83).

Un centro que ilumina cada dimensión de su vida:

«Es necesario que el Dios eucarístico sea mi pensamiento natural y sobrenatural dominante, mi

punto central, la ley de mi vida» (5 de Marzo de 1865, NR 44,81).

UN CENTRO A VOLVER A ENCONTRAR

Él reconoce que no está todavía en este centro de modo permanente y estable.

«¿Es Jesús mi centro de corazón? Sí, en los sufrimientos extraordinarios. Sí en el primer momento de agradecimiento, o en lo excepcional. Pero no lo es en lo ordinario de la vida. No pienso, ni decido, ni deseo, ni actúo en Jesús como centro; ese es un hecho, y un hecho demasiado cierto, muy triste» (4 de Marzo de 1865, NR 44,80).

No basta hablar de la Eucaristía, predicarla, darla a conocer a los demás.

«Ahora bien, hasta el presente me he quedado en la dimensión intelectual, en el estudio de la Eucaristía, en los medios externos de éxito; y no he penetrado en la médula, en el corazón de ese amor divino. Por eso es por lo que me he agitado mucho. He trabajado mucho con la mente, con el cuerpo, con lo exterior, pero no con el corazón, con el amor. Por eso, mi centro era la inteligencia, la ciencia de la Eucaristía, los aspectos externos de la Congregación, y no el centro vital, centro que me debería ser tan fácil, puesto que tengo la idea, el conocimiento, centro que es mi gracia de estado, centro que debe formar y acrecentar las virtudes cristianas y evangélicas, sin que tenga necesidad de buscar en otra parte, centro que consecuentemente me alimenta, ya que es una atmósfera de luz, de suavidad, de paz. Es Nuestro Señor» (5 de Marzo de 1865, NR 44,81).

«Pero ese centro aún es en mí muy débil; la atracción hacia ese centro es rara, insuficiente, y sin embargo “Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” [Jn 6,56]» (6 de Marzo de 1865, NR 44,83).

LAS EXIGENCIAS DE UN NUEVO DON DE SÍ MISMO

He aquí el punto esencial. Ahora él se pregunta cómo entrar en este centro de vida, cuál es la condición, y ya anticipa aquel paso decisivo que se manifestará en el don radical de sí mismo.

«¿Por qué Nuestro Señor no es el centro de mi vida? Porque todavía no es el yo de mi yo. Porque no lo amo con suficiente fervor. Mi corazón está atraído por la gloria de su servicio pero no por agradar a su corazón. ¿Qué hacer para llegar a ese centro? ¡Entrar en él! ¡Quedarse allí! Actuar en ese centro y por ese centro divino. Un hijo trabaja para sus padres; la esposa para su esposo; el ángel para su Dios; el adorador para Jesucristo» (4 de Marzo de 1865, NR 44,80).

El horizonte se va aclarando:

«Pero es necesario, ¡oh, mi yo!, que tú salgas de ti mismo, que vivas del corazón, en la bondad de Jesús Eucaristía. Se necesita un amor de noble pasión, que entregue todo de golpe, que lo dé todo de un tirón: “el que me coma vivirá por mí, porque permanece en mí” [cf. Jn 6,57-58]» (5 de Marzo de 1865, NR 44,81).

Es este el paso decisivo al que ahora el Señor le llama, y que anticipa ya el abandono del 21 de Marzo.

«Venga, ¡alma mía!, salgamos del mundo. Sal, apártate de ti misma y vete hacia el Dios de la Eucaristía: Él tiene una morada, te quiere. Quiere vivir contigo, darse a ti, vivir en ti. Sé en Jesús, lo que fue en su persona divina la naturaleza humana en su Encarnación: despojada de su personalidad. Y como se vive para el yo y el yo es la persona, el alma humana de Nuestro Señor y su cuerpo no vivían por tanto sino para la persona divina del Verbo, la cual vivía sólo para su Padre, y por medio de su Padre. Resolución: Renovar mi don, don parcial todavía, entrega: “es Cristo quien vive en mí” [Gál 2,20]. Pero es necesario llegar hasta el sacrificio de lo que cuesta más, y hacerlo ante todo en la oración» (4 de Marzo de 1865, NR 44,80).

2. A LA BÚSQUEDA DE LA ESTANCIA NUPCIAL

Ya en los primeros días de su largo Retiro romano de 1865, la luz del Espíritu conduce al P. Eymard hacia el *don de sí mismo*, a través de la comprensión nueva de su realidad de bautizado, religioso y sacerdote.

La meditación del 5 de Marzo concluye así:

«“Sal” [de tu tierra, Éx 12,1]. “Ven” [Ap 22,17]. “Voy a llevarla al desierto y le hablaré al corazón” [Os 2,16]. Eso es el amor de preferencia; es el don de sí; es el trabajo de la unión. El trabajo de las raíces se produce bajo tierra, y es la vida del árbol. He ahí la gran luz de mi retiro, la de comprender esa verdad: “El Reino de Dios está en medio de vosotros” [Lc 17, 21]» (5 de Marzo de 1865, NR 44,82).

EL REINO DE DIOS EN NOSOTROS

Jesús realiza en sí mismo -y ello hace de él el Mesías, el Salvador- el comienzo de un mundo nuevo reconciliado con Dios; él es y vive como el Hijo muy amado que el Padre ama y al que entrega todo. Él es el Hijo porque totalmente entregado a la voluntad del Padre, vive una vida de don y de amor.

En este sentido es él mismo el Reino de Dios, no sólo porque lo anuncia, sino porque lo realiza. Por eso puede afirmar: *“El Reino de Dios está en medio de vosotros”* [Lc 17, 21].

¿Cómo se realiza este Reino en él? Él se hizo libremente total obediencia a la voluntad del Padre. La voluntad del Padre se convierte en su voluntad, él y el Padre son una cosa sola.

La misión de Jesús es invitar a la humanidad a entrar en este auténtico modo de vivir: vivir como Hijos de Dios, como él, en él y por él. Esto exige la conversión, asumir su estilo de vida, creer en él, adherirse a él: *“Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio”* [Mc 1, 15].

El P. Eymard tiene una comprensión lúcida de todo esto: Jesús es el modelo de obediencia al Padre.

«He vuelto a contemplar a Nuestro Señor como totalmente sometido al Padre, repitiendo fielmente y con amor su palabra y sus acciones, cumpliendo perfectamente sus órdenes, sin hacer nada, ni decir nada por sí mismo. He admirado a Nuestro Señor en Nazaret, con esa vida inútil para el mundo, oculta a los hombres, tan sencilla en sí misma. Y sin embargo, ¡el Padre la prefiere a todas las demás; se complace en su divino Hijo y nuestro Salvador, que oculto le glorifica a

él y nos santifica a nosotros, sin más testigos que él, trabajando en su pobre situación en cosas de tan poco valor! Y es que esa vida oculta está totalmente consagrada a Dios por el sacrificio de sí mismo, glorifica más a Dios que todas las dedicaciones fuera de sí mismo. Es el reino de Dios en nosotros» (23 de Febrero de 1865, NR 44,60).

De aquí deriva la conciencia de que es precisamente esto lo que Dios quiere llevar a cumplimiento en su vida, ahora de un modo verdadero y profundo, total y consciente.

LA ESTANCIA NUPCIAL

¿Cuál es el lugar de este encuentro, de esta unión?
¿Dónde está la estancia nupcial? ¡Es él mismo!

«¿Cuál es el lugar de la unión con Jesucristo? Soy yo mismo. En Jesucristo es donde se realiza la unión. “Permaneced en mí” [Jn 15,4]. En Jesucristo en mí es donde tiene lugar el ejercicio, la virtud de esa unión. ¡Nada más cierto! “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y el Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él” [Jn 14,23]. “Yo en ellos y tú Padre en mí, para que sean perfectamente uno” [Jn 17,23]. San Pablo llama a nuestro cuerpo ‘templo del Espíritu Santo’ [1 Cor 6,19]; mora por tanto en nosotros. Jesucristo nos lo ha otorgado para que “esté con vosotros para siempre” [Jn 14,16]. El Espíritu Santo. “El Reino de Dios está en medio de vosotros” [Lc 17,21]. Toda la gloria de la hija del Rey es interior [cf. Sal 44,14]. “Venga a nosotros tu Reino” [Mt 6,10] es decir: reina sobre nosotros.- “Ea, pues, alma fiel, dice la Imitación, prepara tu corazón a tu esposo para que quiera venir a ti y habitar contigo” [Imitación 2,1:8]. Y San Pablo: “Cristo vive en mí” [Ga 2,20] - en

mí, *está bien claro*» (23 de Marzo de 1865, NR 44,126).

Vemos cómo no es la Eucaristía el “lugar” de la unión, sino nosotros mismos; gracias a la Eucaristía Jesucristo nos ha dado la posibilidad de realizar en nosotros el Reino de Dios, vivir como él como verdaderos hijos de Dios, amando a Dios y al prójimo con su amor. Somos nosotros el verdadero templo donde Dios quiere habitar de modo permanente como nuestro centro de vida y de amor, gracias a la Eucaristía.

«Nuestro Señor viene sacramentalmente a nosotros para vivir ahí espiritualmente. El Sacramento es el velo que lo envuelve, y que se rompe por la presión del amor del corazón, lo mismo que el éter encerrado en una cápsula se extiende en el estómago bajo la acción del calor natural. Nuestro Señor quiere hacer del interior del hombre su verdadero templo. “El alma del justo es la morada de Dios”, dice san Gregorio, para que el hombre no tenga dificultad de ir a su Señor Jesús, sino que lo encuentre con facilidad y siempre a su disposición, como su maestro, su modelo, su gracia: basta que se recoja dentro de sí mismo en Jesús. [...] Esta verdad me sorprende más que me exalta. ¿Es posible que Dios persiga así a un alma? ¿Que se ponga así a su disposición, que more en un cuerpo tan vil, en un alma tan miserable, tan terrena, tan ingrata? Y sin embargo, ¡es divinamente cierto! Lo creo, os lo agradezco, oh Dios mío; os adoro en vos mismo» (23 de Marzo de 1865, NR 44,126).

UN CENTRO DE AMOR

Sabemos bien cuánto usamos y abusamos de la palabra “amor”. Ya el Nuevo Testamento, para describir la novedad del amor inaugurado por Jesús, de los tres términos griegos relativos a este concepto (*eros* -amor entre hombre y mujer-, *philia* -amor de amistad-, *ágape* -capacidad de amar-) elige *ágape*, que en el lenguaje griego era marginado y casi nunca usado. Un término nuevo para describir una visión nueva del amor.

Es sobre todo el evangelista Juan quien nos presenta las características (la teología del *ágape*) de este nuevo amor, y será principalmente él quien inspirará al P. Eymard.

Juan nos presenta este amor es cinco pasajes, estrechamente unidos entre ellos.

1. Dios es amor y es él el que en primer lugar que nos ha amado: *“nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él”* [1 Jn 4,16].

2. Este amor se manifiesta al máximo y plenamente en Jesucristo: *“En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados”* [1 Jn 4,9-10].

3. El amor de Jesucristo por el Padre se encarna en su vida de hijo obediente a su voluntad, porque el Padre lo ama: *“Yo y el Padre somos uno”* [Jn 10,30]; *“mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra”* [Jn 4,34]. La voluntad de Jesús en cierto modo es anulada para dejar lugar a la del Padre; el proyecto del Padre se ha

convertido en su proyecto y mira cada cosa desde el punto de vista del Padre.

4. Este amor se expresa en el don de sí mismo que halla su punto álgido en su muerte: “*En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros*” [1 Jn 3,16]; sobre la cruz su amor es puro don gratuito, sin necesidad de contrapartida.

5. El amor (*ágape*) de Dios en Cristo es la vida y la tarea del cristiano; compartir el amor de Dios por los demás, hacer el don de sí mismo, es el verdadero horizonte y la plenitud de sentido para el hombre, que encuentra así su libertad y su verdad: “*como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros*” [Jn 13,34-35].

El amor de Dios revelado y donado en Cristo se perpetúa en la Eucaristía. Ella implica a quien participa en la dinámica de la donación de Cristo, en la dinámica del amor (*ágape*) de Dios. Gracias a ella el amor de Dios viene a nosotros para continuar actuando en nosotros y a través de nosotros. Una Eucaristía que no se traduzca en amor practicado concretamente es en sí misma una Eucaristía incumplida.

“LLEGO A LA MONTAÑA DEL AMOR”

El P. Eymard llega al *don de sí mismo* (21 de Marzo de 1865) precisamente después de una serie de reflexiones sobre el amor, el amor que Dios le ha manifestado a lo largo de su vida, revelado en Jesucristo y que se perpetúa en la Eucaristía. En los escritos del P. Eymard el término *amor* junto al verbo *amar* son los más citados (unas 19000 veces).

El 14 de Marzo se inaugura la última etapa del camino que le conduce al don de toda su *persona*.

«¡Por fin, después del desierto, llego a la montaña del amor! ¡Viaje trabajoso! ¡Navegación borrascosa! Heme aquí, ante el trono del amor. ¡Sea Dios bendito!» (14 de Marzo de 1865, NR 44,102).

Y el 18 de Marzo concluye:

«¡El amor! esa es mi ley, mi camino; mi virtud, mi fuerza, mi gozo, mi felicidad, mi vida, mi muerte, mi cielo. ¡Amén!» (18 de Marzo de 1865, NR 44,111).

3. “NO SOY YO EL QUE VIVE, ES CRISTO QUIEN VIVE EN MÍ”

El camino espiritual por el que Dios conduce al P. Eymard es como la obra paciente del escultor que, poco a poco, quita el material superfluo para hacer aparecer su obra en toda su belleza.

El P. Eymard, especialmente durante el largo Retiro romano (25 de Enero – 30 de Marzo de 1865), se somete a este progresivo despojamiento para que Cristo aparezca en él en toda su belleza. Como Cristo, que de su Encarnación hasta su muerte renuncia por amor a cualquier voluntad o proyecto propio, para que emerja únicamente la voluntad del Padre, así acontece ahora en él.

LA VIDA QUE NACE DE LA MUERTE

El día que precede al don de sí mismo está marcado por el sufrimiento y la cruz:

«He ofrecido las tres cruces de hoy, que ahogaban mi corazón y rompían mi alma» (20 de Marzo de 1865, NR 44,117).

Se trata de la lentitud con la que avanza su solicitud sobre la fundación de una comunidad en el Cenáculo de Jerusalén, la actitud el P. De Cuers, su primer compañero que soporta mal las tardanzas, y las pruebas que estaban viviendo las Siervas del Santísimo Sacramento, la Congregación femenina fundada por él en 1858. Es en esta mezcla de amor y cruz por la que Dios le va conduciendo al paso decisivo que espera de él.

El amor de Dios por nosotros se revela y entra en la historia del hombre también a través de la muerte. Captar el vínculo entre la muerte de Jesús y la realidad del amor no es fácil, y a menudo ha sido explicado con categorías que no manifiestan plenamente la novedad del Evangelio, como la “satisfacción vicaria”: el sufrimiento y la muerte de Jesús son ¡el ‘precio’ que él paga al Padre para el rescate de la humanidad pecadora!

Jesús, en la cruz, sacrifica sus ideales por amor al Padre: *“Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra”* [Jn 4,34; 6,38]. El amor al Padre y a la humanidad exige de él un progresivo vaciamiento, una *kénosis*, un desprendimiento hasta la muerte en cruz. El secreto y la fecundidad de la muerte de Jesús están en este amor grande como la muerte.

La Eucaristía celebra este amor y esta fidelidad de Jesús que hace suyo el proyecto del Padre por amor a nosotros.

Participando en este misterio, tenemos la posibilidad de vivir nuestra vida con él, en él, por él.

21 DE MARZO DE 1865

Llegamos así al 21 de Marzo, que en el calendario litúrgico era la fiesta de san Benito, fundador de la Orden de los Benedictinos. En aquel día, el P. Eymard, en los apuntes que nos ha dejado, reflexiona sobre los santos, los fundadores en particular.

Todos tuvieron que pasar por la cruz, y él no es una excepción:

«No hay santo que no haya sido crucificado por el mundo, que no se haya crucificado a sí mismo, que Dios no lo haya crucificado de una manera admirable. Los que más han sufrido son los santos Apóstoles y los fundadores de familias religiosas. Fundar es cavar la tierra del propio corazón, tallar las piedras, martillarlas, cimentarlas, unir las, quitarles su estado bruto, pulirlas, quitarles su libertad e incluso su forma» (21 de Marzo de 1865, NR 44,118).

Es lo que está viviendo en su carne a causa de las numerosas dificultades.

Dios le está atrayendo hacia una participación más plena en la cruz de Cristo para vivir una nueva etapa de su vida. Su misión de fundador y apóstol de la Eucaristía debe ahora ser unificada por la experiencia de Cristo. Como Jesús salvó al mundo pasando a través de la cruz, también él debe entrar en este misterio de sufrimiento y de amor:

«El sufrimiento por el cimiento de la construcción es la solidez y la belleza de la casa; cuanto más profundas son las raíces, más vigoroso será el árbol; cuanto más

sufre la madre, más pronto tendrá lugar el alumbramiento. “Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios” [Col 3,3]» (21 de Marzo de 1865, NR 44,118).

Consciente de su papel de fundador, dice de sí mismo:

«He sufrido mucho por mis defectos, pero no por el amor de Dios y por motivo de su gloria. He sido un enfermo, y no un soldado. También la Congregación está siempre en los dolores latentes del alumbramiento: su espíritu no es vigoroso, ni sus miembros fuertes y unidos, ni su crecimiento efectivo; se mantiene a flote, vegeta» (21 de Marzo de 1865, NR 44,118).

Ahora está dispuesto a cualquier sacrificio para que esta criatura se consolide, a ser abandonado por todos, como Cristo:

«Dios mío, heme aquí, con Jesús en el huerto de los olivos. ¿Queréis que todos me abandonen, que todos me repudien, que nadie me reconozca? ¿que yo sea como una carga, un estorbo y una humillación? Heme aquí, Señor, quema aquí, corta aquí, aquí despójame, aquí humilla; dame hoy sólo tu amor con la gracia, y mañana cruz con penuria, pero que yo sea tu escabel en la Hostia santísima» (21 de Marzo de 1865, NR 44,118).

Dios le está conduciendo al sacrificio, al *don de sí mismo* por amor. Jesús, al atardecer de su vida, cuando todo se le pone en contra y uno de los suyos le está vendiendo, en lugar de escapar o retirar su amor, se dona a sí mismo, primero en la Eucaristía: *“Esto es mi cuerpo entregado, esta es mi sangre derramada”* (cf. Mt 26,26-29), y después en la cruz: *“Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”* (Jn 15,13).

EL DON DE SÍ MISMO NACE DE LA EUCARISTÍA

El camino espiritual por el que Dios conduce al P. Eymard halla su culmen durante los días de este prolongado retiro que está realizando en Roma.

En esta luz podemos comprender las palabras de Pablo que él hace suyas en el *don de sí mismo*; han de leerse a la luz del misterio pascual (muerte y resurrección), el cual constituye la clave de lectura: “*Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí*” (Gál 2,20).

Pero un elemento ulterior ilumina esta experiencia. Este pasaje pascual de la muerte a sí mismo para que Cristo viva en él, este renacer, esta transformación, este éxodo, acontece gracias a la Eucaristía.

El P. Eymard hace el *don de sí mismo* durante la oración de acción de gracias que se realizaba inmediatamente después de la Misa, y que normalmente duraba media hora. Es un tiempo de unión sponsal, de coloquio íntimo con el Señor que acababa de recibir en la Comunión sacramental. Es precisamente en esta comunión de vida donde Cristo le impulsa a ofrecer su existencia de un modo radical, sin reserva ninguna, compartiendo así lo que él mismo había hecho. Le conduce hacia ese abandono total que es verdadera libertad.

Podemos así comprender la importancia fundamental de la segunda cita bíblica -tras la de san Pablo- que enlaza la experiencia del misterio pascual de Cristo a su posibilidad de revivir en nosotros, gracias a la Eucaristía: “*Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí*” (Jn 6,57).

El *don de sí mismo* es fruto de la Eucaristía, nace de la comunión con Cristo y manifiesta la obra del Espíritu que le transforma ¡en el cuerpo y sangre de Cristo!

He aquí el texto que testimonia este acontecimiento extraordinario:

*«Al final he hecho el **voto perpetuo de mi personalidad a Nuestro Señor Jesucristo**, entre las manos de la Santísima Virgen y de san José, bajo el patronazgo de san Benito (su fiesta): nada para mí, como persona, y pidiendo la gracia esencial, nada por mí; modelo: la Encarnación del Verbo.*

Ahora bien, como por el misterio de la Encarnación la humanidad santa de Nuestro Señor ha sido anonadada en su propia persona, de tal modo que ella no se buscaba, no tenía ya interés particular, no actuaba para sí, teniendo en sí otra persona sustitutiva, [a] saber la del Hijo de Dios, que buscaba solamente el interés de su Padre a quien miraba siempre y en todas las cosas; del mismo modo yo debo ser aniquilado para todo deseo propio, para todo interés propio y no tener más que los de Jesucristo que está en mí a fin de vivir ahí para su Padre. Y para ser así en mí es por lo que se da en la sagrada Comunión. “Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí” [Jn 6,57].

Es como si el Salvador dijera: enviándome por la Encarnación, el Padre me ha cortado toda raíz de búsqueda de mí mismo, no dándome la persona humana, sino uniéndome a una persona divina, a fin de hacerme vivir para él, así por la comunión tú vivirás para mí, porque yo viviré en ti. Yo llenaré tu alma de mis deseos y de mi vida que consumirá y aniquilará en ti todo lo que es propio; de tal modo que seré yo quien vivirá y deseará todo en ti, en tu lugar. Y así, tú serás totalmente revestido de mí. Tú serás el cuerpo de mi

corazón; tu alma, las facultades activas de mi alma; tu corazón, el receptáculo, el movimiento de mi corazón. Yo seré la persona de tu personalidad, y tu personalidad será la vida de la mía en ti. “No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” [Gál 2,20]» (21 de Marzo de 1865, NR 44,119).

Este es el *don de sí mismo* que el P. Eymard llamará: «*mi nuevo voto*» (22 de Marzo de 1865, NR 44,121).

Ahora, de un modo nuevo, Cristo es su centro de vida, centro de amor, fuente y alimento del don de sí mismo a Dios y al prójimo. ¡Esto es lo a lo que llega cualquiera que participa en la Eucaristía!

Conclusión

La gran tentación del camino de fe es adaptarse, contentarse. Pero si la fe no se hace más madura, retrocede; si no se hace más profunda, se marchita; si no se hace más radical, corre el riesgo de volverse insípida.

Es este también el camino del padre Eymard. Su estancia forzosa en Roma, se convierte en su camino de Damasco donde, como a Pablo, el Señor le espera.

Había venido para realizar su ambicioso proyecto de una fundación en el Cenáculo y, sin embargo, descubre que Dios tenía otro proyecto: hacer de él el verdadero Cenáculo, el auténtico lugar en el que “morar” de un modo nuevo, ¡a precio de un abandono total en él, sin reservas!

«*Non tua volo, sed te!*» - ¡*No quiero tus cosas sino a ti!* Este pasaje de la *Imitación de Cristo* le ayudó a comprender lo que todavía le impedía ser él mismo un Cenáculo viviente, y cuál era el diafragma que aún se interponía entre él y Cristo. Y, finalmente, se abandona.

Las palabras de Pablo: «no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20), describen bien la conclusión de este largo recorrido, y sintetizan lo que ha acaecido en él.

Y así, lo que parecía un inútil tiempo de espera, se transformó en una experiencia de gracia que le cambió, que le hizo crecer en la fe y en el amor.

Si sobre el monte Averna, san Francisco recibió los *estigmas* como signo de su configuración con Cristo, el *don de sí* marca ahora indeleblemente la vida del p. Eymard y nos revela adónde conduce una verdadera y plena participación en la Eucaristía.

Si esto es válido para todos, lo es especialmente para nosotros que, siguiendo al p. Eymard, estamos llamados a «dar testimonio de la forma eucarística de la existencia» (PV 7).

Texto original en italiano, publicado en tres partes en *Il Cenacolo*
(1: 2018/1, 28-30; 2: 2018/2, 29-32; 3: 2018/3, 29-32)